



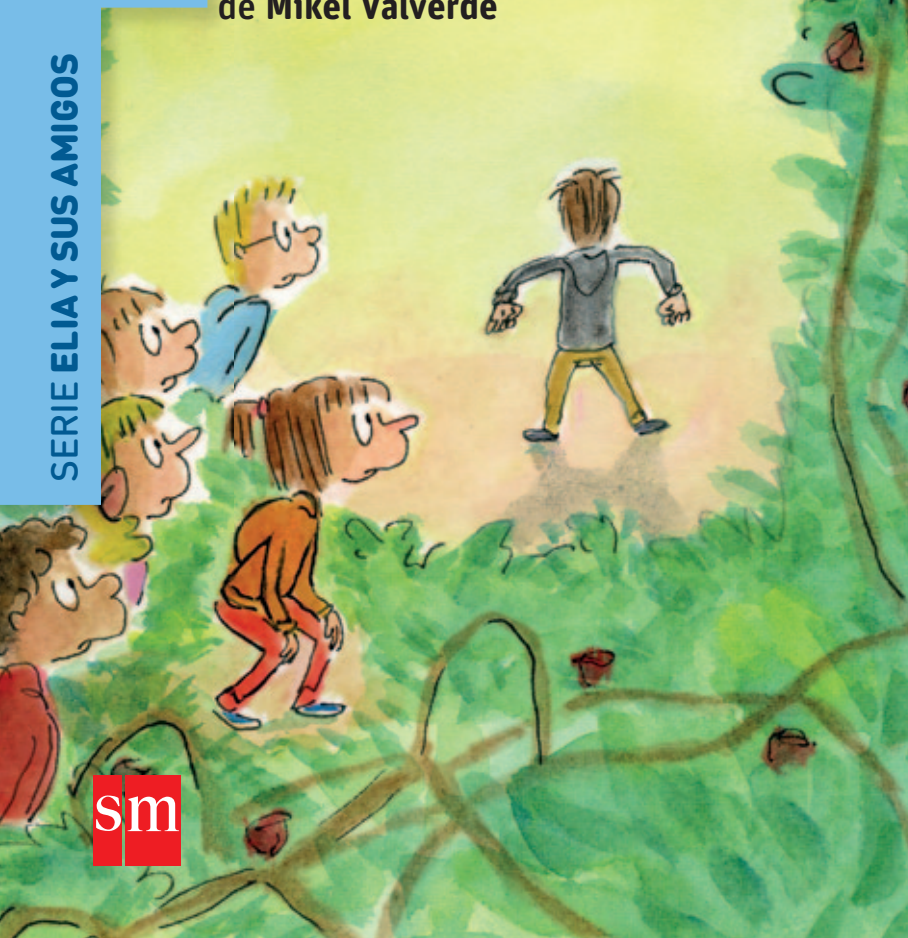
EL BARCO
DE VAPOR

SERIE ELIA Y SUS AMIGOS

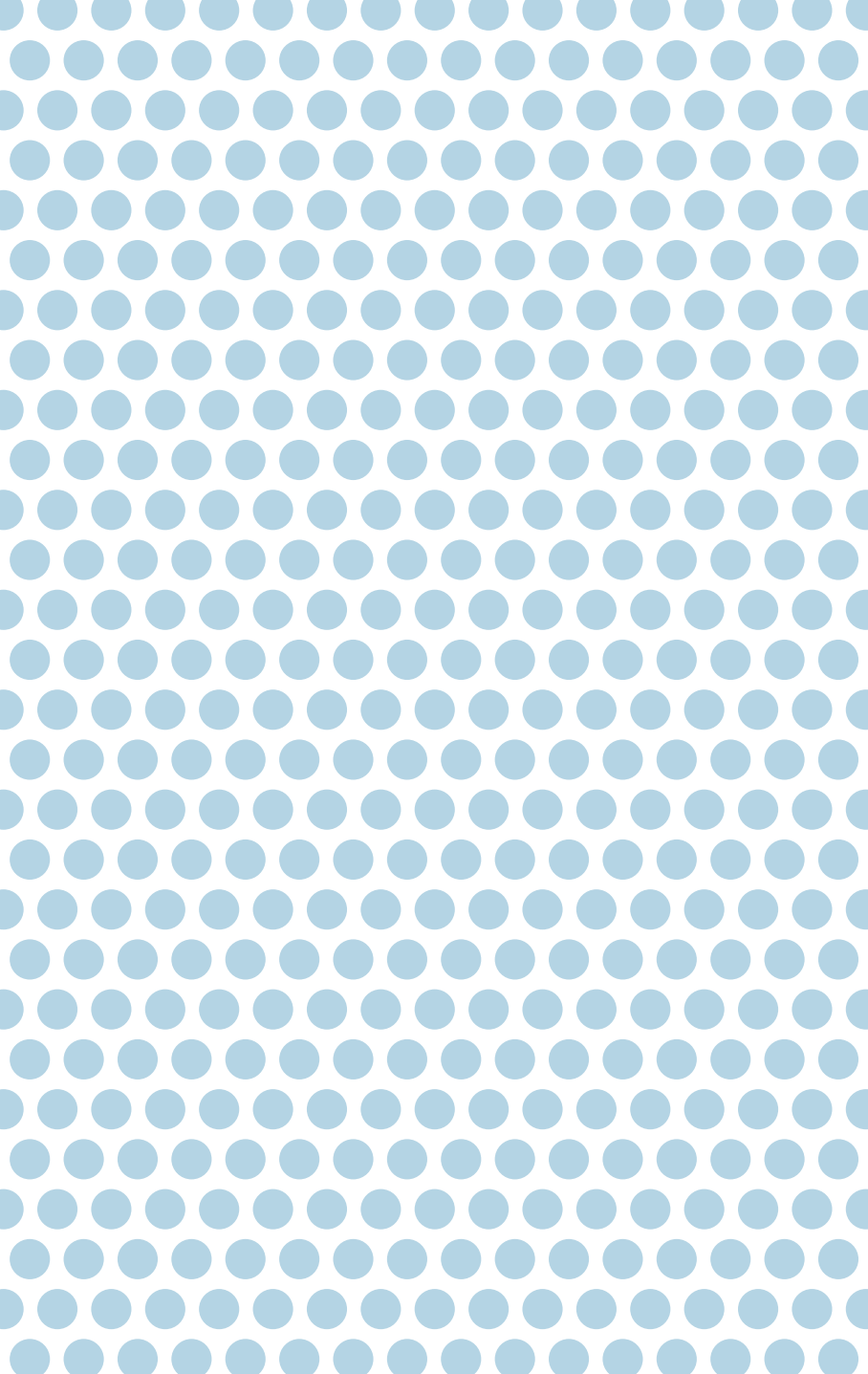
Elia y el Broncas

Timo Parvela

Ilustraciones
de Mikel Valverde



sm





EL BARCO
DE VAPOR

Elia y el Broncas

Timo Parvela

Ilustraciones de Mikel Valverde

Traducción de Luisa Gutiérrez



Primera edición: abril de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Teresa Tellechea
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Ella ja Pukari*
Traducción del finés: Luisa Gutiérrez

Publicado por primera vez en finés
por Tammi Publishers en 2000, Helsinki, Finlandia.
Publicado por acuerdo con Bonnier Rights Finlandia, Helsinki.

© del texto: Timo Parvela y Tammi, 2000
© de las ilustraciones: Mikel Valverde, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9202-3
Depósito legal: M-561-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



ELIA



TUOMAS



LA PROFESORA DE 1º B



EL PROFESOR



SAMI



PAULI



● 1

EL ALUMNO NUEVO

ME LLAMO ELIA. Voy a 2° de Primaria. Tengo una clase simpática y un profesor que también lo es. O lo era antes de que llegara el Broncas. Vino así, sin más. Desde entonces, nada ha vuelto a ser igual. Y menos el profesor.

Su verdadero nombre es Pertti Ryhänen, pero lo llamamos Broncas. Mejor dicho, se lo llamamos cuando no nos oye. Cuando nos oye no le decimos nada, ya que empezaría a darnos porrazos. Broncas se pelea siempre y en todas partes. Estamos cubiertos de moretones, todos menos Pauli. Nos parece raro, pero así es. Y es que Broncas jamás se pelea con Pauli.

Por cierto, Pauli es mi exnovio. Si no me hubiera traicionado de un modo tan vil, ocul-

tándome que su madre era la directora del colegio, a estas horas seguramente estaríamos casados. Pero no: mi corazón ahora es tan frío y duro como su cabeza.

—¿Sabéis qué? —preguntó Tuomas en uno de los recreos.

Como solíamos hacer, nos habíamos escondido de Broncas detrás de un seto de rosas. Hasta el momento no se le había ocurrido buscarnos por allí. Eso sí, estábamos un poco preocupados por lo que pudiera pasar cuando viniera el invierno, porque un rosal sin hojas



es un escondite tan bueno como un armario sin puerta. Aunque, por otro lado, un armario hubiese sido mil veces más cómodo que el rosal, que estaba lleno de espinas. Pero mejor tener arañazos que moretones, pensábamos nosotros.

—Creo que Broncas no es un nuevo alumno —continuó Tuomas.

Tuomas es un genio y sabe esto y aquello y lo de más allá. Sin embargo, ahora me parecía que el serrín se le había apelmazado en el cerebro.



–¿Y eso por qué? –pregunté.

–Pues porque para nada es un alumno –contestó Tuomas con calma, y sonrió sabiondo y fastidioso.

–¿Para quién? –preguntó Pauli.

–Claro, todos saben que Broncas es un profesor en miniatura que está investigando el bienestar en el colegio –dije yo, y traté de sonreír igual de sabionda que Tuomas.

–Yo no he dicho nada de eso –protestó Tuomas sin pestañear.

–Es que no has dicho nada todavía –observó Hanna, apretujada en cuclillas debajo de una rama con muchísimas espinas.

–Hoy he oído por casualidad al profe y a la directora hablar de Broncas –continuó Tuomas.

–Pues yo he oído por casualidad a mamá y a Papá Noel hablando de mí, y Papá Noel me llamaba hijo –interrumpió Pauli.

–A ver, ¿lo cuento o no lo cuento? –se impacientó Tuomas, que ya no tenía ganas de sonreír.

–¡Suéltalo! –gritamos todos al unísono, y del seto de rosas se desprendieron algunas hojas.



–He oído que el profesor le decía a la directora que Broncas no es de este planeta –contó.

Dentro del seto de rosas, el silencio era sepulcral. Nos miramos unos a otros en la oscuridad. Me entraron escalofríos.

–¿Quieres decir que...? –a Tiina le temblaba la voz cuando levantó la vista. Miraba allí donde tendrían que estar el cielo, el espacio infinito y millones de millones de planetas inexplorados si no fuera porque, por alguna razón, encima de nuestras cabezas solo había ramas y trillones de espinas.

–Sí, quiero –dijo Tuomas, sofocado.

–¿De allí arriba, dices? –se aseguró Sami.

Tuomas asintió con la cabeza, muy serio.

–Desde luego, eso explicaría muchas cosas –reconoció Hanna cuando, después de sonar el timbre del recreo, salimos a rastras del rosal.

–Algo así me esperaba –comenté mientras le quitaba a Hanna las espinas de la espalda y del pelo.

–Pues hay una cosa que no entiendo –dijo Pauli–. ¿Cómo puede ser tan duro peleando si es el hijo de Dios?